

## CUENTOS & CUENTISTAS

### Vladimir Nabokov, el loco de las mariposas

**S**e ha dicho de los cuentos de Vladimir Nabokov (1899-1977) que son mariposas de palabras. Y es adecuado, no sólo por comparación a la belleza y colorido de estos insectos, sino también por las mutaciones dramáticas y los imprevisibles destinos de sus personajes, por sus muertes a menudo trágicas (como las mariposas, cogidas en las redes de un coleccionista, calcinadas bajo alguna lámpara, o aplastadas sobre el parabrisas de un vehículo), por su acercamiento a otras bellezas de este mundo, las flores núbiles; y también por sus movimientos y tropismos, por su variedad diurna y nocturna, por su brevedad, su inmediatez, su alegre individualidad y su feroz colectividad cuando el instinto (la fuerza del pasado) lo exige.

Nabokov fue desde niño un entomólogo aficionado, descubridor de una especie: *Plebeyus (Lysandra) Cormion*. Las breves vidas de estos seres maravillosos, ejemplos de eterna y ardiente niñez, están presentes alegóricamente en su obra narrativa, desde ya en *Lolita*. Este escritor ruso que emigró a Estados Unidos tras vagar por la Europa en guerra y conocer las desdichas del exilio y la discriminación, dejó 75 cuentos, incluidos en una edición antológica reciente, traducida al castellano. La mayoría fueron escritos en ruso, pero también se permitió pergeñar unos cuantos en inglés y francés. Me voy a referir ahora a dos de sus libros de cuentos originarios: *Mademoiselle O* (1958) y *Una belleza rusa* (1973).



Vladimir Nabokov puso toda su vida física y espiritual en sus cuentos, quizá mucho más que en sus novelas. “Mademoiselle O”, que da título al volumen mencionado, toca aspectos de su infancia, los juegos familiares o el aprendizaje del francés, con agudas percepciones del funcionamiento de una mente débil, la de su patética institutriz. La tenebrosa narración “Escenas de la vida de un monstruo doble”, lo muestra casi como un científico, que analiza a ese siamés que relata una vida pegado a sí mismo, su odio por ese espejo que lo contempla todo el día, su afán por separarse y huir de ese destino, el deseo de alcanzar la normalidad. Es una metáfora de la relación con su hermano, que tanto espacio ocupa en sus libros de memorias. Los cuentos son para Nabokov una forma de reflexionar sobre la relación entre su vida pasada y su traspaso a novelas.

Fue sensible Nabokov al debate literario de su época, y con frecuencia se burla de la ciencia-ficción y otras literaturas de “género”, así como de los mecanismos creativos en boga. Así en “El Leonardo”, que pertenece a su volumen *Una belleza rusa*, elabora sarcásticamente un tema recurrente en él: las vicisitudes del escritor escribiendo. El cuento tiene al final una vuelta de tuerca admirable. En “Humo aletargado”, una obra maestra que prestó el título a la edición de sus cuentos completos, trata con ironía e ingenio el tema de los misteriosos resortes de la inspiración artística. Es frecuente en su obra la presencia de los exiliados rusos, en ciudades como Berlín y París, que se vuelven hostiles cuando la nostalgia de la patria rusa se apodera del escritor o de cualquier personaje insólito, que Nabokov se encarga de describir con su minuciosidad de entomólogo. Este marco se da en el cuento “Labios contra labios”, historia de una novela frustrada y una aguda variación sobre el tema del autor que ansía verse publicado y recibe sólo promesas, cuando no engaños.

Tal vez un tema recurrente sea el horror de ser diferente, de ser un exiliado o un trastornado, como el astronauta protagonista de “Lance” (Lancelot), un aventurero cósmico atormentado que recorre planetas de nombres tan absurdos como los lugares en que transcurren los libros de caballería. Y así también con “Una vez en Aleppo”, donde el narrador se cartea consigo mismo. El lector fascinado con el relato no sabe bien hacia dónde va, hasta que llega al genial remate. Nabokov es maestro de los finales inesperados. Para él escribir cuentos no era relatar anécdotas o cumplir con ciertos

compromisos. Era una tarea literaria donde ponía lo sublime y lo deleznable de su vida, ajeno a impudores.

Dan ganas de escribir cuentos cuando se lee los del maestro Nabokov. Están tan preñados de ideas originales que uno descubre que podría intentar este o aquel camino. No se trata de plagio sino de aprovechar sus sugerencias y ocurrencias. Nabokov no se guardó estos destellos maravillosos de su mente poderosa y los puso en sus cuentos, como alegres mariposas. Si a menudo es cruel al describir a los hombres, cuando trata de mujeres, incluidas las más tontas y locas, coloca una cuota de ternura y ardor que mecha sus textos otorgándoles una nueva dimensión.



He añadido a este artículo un párrafo del cuento *Mademoiselle O*, porque refleja esa permanente tensión que hay entre el rescate del pasado, en particular la infancia, y la creación de los personajes, lugares y situaciones, que marcan la obra de este autor tan fundamental en la narrativa del siglo XX.

***Bartolomé Leal***

**Mademoiselle O (fragmento)****Cuento de Vladimir Nabokov**

A menudo he observado que tras conceder a los personajes de mis novelas algún preciado detalle de mi pasado, éste languidece y se consume en el mundo artificial donde tan abruptamente lo coloqué. Aunque persistiese en mi mente, su calor personal y su atracción retrospectiva han desaparecido, y muy pronto se identifica más íntimamente con mi novela que con mi persona pretérita, donde había parecido estar tan a salvo de la intrusión del artista. En mi memoria se han desplomado casas, tan silenciosamente como en los filmes mudos de otrora; y el retrato de mi antigua gobernanta francesa, que una vez presté a un muchacho dentro de un libro mío, se esfuma rápidamente, sumergido como está en la descripción de una infancia totalmente separada de la mía. El hombre que hay en mí se rebela contra el autor de ficción y he aquí mi desesperado intento de salvar lo que resta de la pobre Mademoiselle...

**(Traducción de Bartolomé Leal)**